

Capítulo VIII: La yun, la demonio

El ruido provenía de una puerta entreabierta de la que asomaba una débil luz pálida. Decidió entrar, y se encontró en lo alto de una escalera de caracol que descendía hacia las profundidades de la tierra.

Se camufló entre la negrura y comenzó a ir hacia abajo, sin hacer ni el más leve ruido.

Se oía un suave tintineo de cadenas y el sonido de un látigo rasgando el espacio. Llegó al final de los escalones, y desde la oscuridad, observó la situación: un guardián de pelo largo y oscuro atizaba con el látigo a un ser de forma femenina, pero a su vez, monstruosa; con orejas puntiagudas y peludas y ojos de un tono plateado y siniestro brillo. Estaba claro que se trataba de un demonio.

—¡Bestia, vuelve al infierno! — y con un certero golpe hirió al espectro, pero éste reaccionó y, haciendo sonar las cadenas, girando el cuello bruscamente, enseñando los afilados colmillos blancos, propinó un mordisco en el brazo al soldado.

El hombre vio, escandalizado, cómo la sangre salpicaba el suelo y la malvada mirada que le lanzaba.

—Estúpido humano, nunca juegues con un cobarak,...

—¡Cállate! — el carcelero sujetaba el brazo sangrante con la otra mano — Tú no estás al servicio del rey, no eres un cobarak, sino un simple yun, un demonio... — y escupió en el suelo.

Se tambaleó y tuvo que apoyarse en una gruesa columna que había en la mitad del cuarto.

—Eres débil, el veneno te afecta rápido — se burló la yun.

—Puedo pedir refuerzos...

—Di que pedirás ayuda. Además, me da igual, pero, aun siendo muchos, os costará hacerlo.

—Eres despreciable, monstruo.

—Tú sí que lo eres — respondió decidida

—¡La yun me ha atacado!

—No te van a oír. No hay nadie. Estás vivo gracias a mí.

—¡Mientes, bestia! Vienes del infierno y nos quieres matar ¡Socorro!

—Te equivocas. Aunque venga del infierno, no os quiero matar... — dudó — bien pensado, sólo te quiero matar a ti, estúpido humano.

—¡Muérete en el infierno!

Un rayo cruzó la habitación e, inmediatamente, apareció Neba con la espada desenvainada, y ésta llena de sangre que se hizo polvo igual que el hombre.

Cortó las cadenas con el filo oscuro de su arma y esperó a la demonio. La yun levantó la vista y fijó sus ojos en los suyos. Se estremeció con un fuerte escalofrío.

Las antorchas se apagaron, pero un suave brillo permanecía en el cuarto, una luz pálida pero a su vez cálida y acogedora.

La bestia siguió mirando durante unos instantes a los ojos del chico. Y un leve, casi imperceptible susurro brotó de entre sus labios:

—Yeidrak...

El joven la reconoció, la ayudó a levantarse y, en absoluto silencio, caminaron hacia la salida.

La gente que caminaba en la calle no prestó atención a las dos silenciosas sombras que corrían por las calles esquivando a las personas que se los cruzaban.

—¿Ha oído que se profanan tumbas? — le preguntó de improviso la yun.

El joven se giró un instante para mirarla.

—Sí.

—Vine aquí para investigar esos extraños sucesos que, casualmente, empezaron en la capital de Ellidervaden el día del tercer eclipse.

El joven miró a la fila de casas más lejanas.

—El mismo día que Nāishā enfermó.

La demonio pareció sorprenderse y se paró.

—¡Ah, no lo sabía! — parecía haberse puesto muy nerviosa. Fijó la vista en el suelo y volvió a hincar la rodilla en la tierra.

—No tenías por qué saberlo. Tú has estado mucho tiempo fuera. Sora... no tenías por qué saberlo...

Sora, la demonio, miró al joven, que estaba ensimismado en sus propios pensamientos, con una mezcla de lástima y compasión.

—Cuidai usa los cuerpos robados para crear una armada propia y, yo creo (y deseo equivocarme), atacar Ewan para ser rey definitivo.

—Me lo temía... Hay que ir más rápido.

Ya no parecían sombras, sino pequeñas corrientes de aire que surcaban el silencio a velocidades de vértigo. De repente, el joven aminoró el paso. Parecía cansado.

—¿Le pasa algo?

—No es nada...— parecía que respiraba con dificultad — ¡Y no utilices esas formalidades conmigo! Ya he dejado mi anterior vida por una de odio y venganza.

—No sé...— titubeó —No te encuentras bien, no puedes seguir.

—No es nada, Sora, es sólo que gasto mucha energía...

La yun lo miró de nuevo.

—¡Sora, tienes que ir! — le dijo —Avisa a Naishä de que llegaré...

La demonio pronunció algo y desapareció.

El joven miró a lo lejos y distinguió una mancha negra.

—Anchett, ¡allá voy!

Se levantó con un poco de dificultad y prosiguió su camino.

Lejos, la yun apareció enfrente de un glorioso edificio blanco coronado de oscuras torres puntiagudas, semejantes a agujas.

Pareció que se detenía a rezar, luego, corrió por los anchos pasillos sin fin para entregar su mensaje. Sintió a dónde tenía que ir y, rápidamente, corrió como el viento hacia una gran habitación, de la que provenían cánticos misteriosos de voces femeninas y una suave brisa húmeda que purificaba el alma.